

habitual, y haciendo bizarro alarde de aptitudes de pensador, hasta entonces no sospechadas en él como no fuese por algún rasgo fugitivo de sus opúsculos políticos, se levantó á las cimas serenas de la contemplación filosófica, y desde allí, con maravillosa lengua, tan rica de precisión como de vigor y armonía, con un sentido tradicional á la vez que expansivo, con audacia mesurada y solemne, con suave moderación de estilo, tanto más imperiosa cuanto más apacible, reivindicó los fueros de la razón humana, escarnecidos por las elocuentes paradojas de Donoso; hizo el proceso del tradicionalismo filosófico y del escepticismo místico; mostró el peligro que para la integridad de nuestro modo de ser nacional, así en la esfera del pensamiento como en su manifestación escrita, envolvían las doctrinas de la escuela neocatólica francesa, de que Donoso había sido intérprete elocuentísimo; y mostró, finalmente, con el ejemplo, no menos que con la doctrina, cuál debía ser el verdadero temple de la moderna lengua castellana aplicada á las más altas materias especulativas. Este magnífico discurso, aislado como está, nos hace entrever un Baralt muy superior al que en el resto de sus obras y en el tenor de su vida se nos aparece.

Pero ni el discurso de recepción, que, por las graves controversias que suscita, no podía ser del agrado de todos; ni sus libros de Historia, que apenas se han leído en España, y que Baralt tenía muy buenas razones para desear que no fuesen más leídos; ni sus artículos y folletos políticos, condenados por su misma naturaleza á vida muy efímera; ni la grande y quizá temeraria empresa de su *Diccionario Matriz de la Lengua Castellana*, que apenas pasó de proyecto, han dado al nombre de Ba-

ralt la fama y autoridad de que disfruta en España y en América por su tan popular *Diccionario de Galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han introducido en el habla castellana moderna, con el juicio crítico de las que deben adoptarse, y la equivalencia castiza de las que no se hallan en este caso* (1855). Apenas hay ejemplo de otro trabajo filológico que, emprendido y llevado á término por un escritor particular, haya conseguido tan fácilmente ser recibido y acatado por la opinión general. En este sentido, el libro de Baralt, que era antídoto necesario contra la nube de barbarismos con que una turba inepta deshonra y envilece la más rica y sonora de las lenguas neolatinas, ha hecho mucho bien, y ha hecho también algún daño, al caer en manos de pedantes que le toman como una especie de Alcorán, y aplican á tontas y á locas sus sentencias, cerrando los ojos ante galicismos que son evidentes, por más que Baralt no los registrase, y tildando con fea nota palabras y giros, que ó no lo son aunque él los pusiese, ó deben tolerarse como necesarios. La obra de Baralt es un ensayo docto, ingenioso y ameno, con razón muchas veces, con chiste casi siempre. Hasta cuando no acierta enseña, y más veces flaquea cuando propone el remedio que cuando denuncia la falta. Las equivalencias que propone suelen ser largos rodeos, y á veces no quieren decir ni por asomo lo que dice el galicismo censurado. Otro inconveniente grave de la obra, y lo que la da el carácter casuístico y arbitrario que amengua en parte su valor, es la ausencia de una clasificación general de los galicismos, según sean de palabra, de giro ó de concepto, además de otra clasificación histórica que permitiese distinguir los verdaderos

galicismos de aquellas otras palabras que pertenecieron en un tiempo á todas las lenguas romances ó á varias de ellas, y que cualquiera de las hijas del latín puede reivindicar con pleno derecho. Baralt parece extraño á todo estudio de gramática comparada, y preocupado sólo con levantar un muro entre el castellano y el francés, suele dar en decisiones caprichosas, que parecen hijas del mal humor más que de un sistema racional y consecuente. Pero con todos sus defectos, y á condición de no tomarle por oráculo, el *Diccionario de Galicismos* es libro que no puede faltar de la mesa de ningún escritor que estime en algo la pureza de dicción.

Ni Bello ni Baralt dejaron discípulos en Venezuela. El primero llevó su actividad literaria á Chile; el segundo á la Madre Patria, donde obtuvo consideración y honores, sin que nadie le tuviese por extranjero. La literatura venezolana, apartada totalmente de la severa disciplina de aquellos filólogos, se abrió á la licencia romántica, representada allí especialmente por Abigáil Lozano y Maitín. Pero antes de hablar de ellos conviene decir algo de dos notables escritores que Venezuela dió al romanticismo peninsular, como había dado dos al clasicismo. Estos dos poetas románticos fueron el General Ros de Olano y D. José Heriberto García de Quedo.

Don Antonio Ros de Olano sólo fué caraqueño por la casualidad del nacimiento, y á los once años abandonó su patria, de la cual dice en un soneto:

Nací español en la ciudad riente,
Rodó mi cuna entre perpetuas flores,
Besé las aves de plumaje ardiente;
Trajéronme de niño mis mayores;

Hoy, en mi patria histórica, la muerte
Las junta en un amor con dos amores.

Su vida militar y política está demasiado reciente para que pueda ser juzgada con la severa imparcialidad propia de la Historia. Tomó parte en grandes sucesos, *vivió mucho* en la plena extensión del vocablo, y no fué vulgar en nada. Á tres revoluciones, á la primera guerra civil y á una guerra nacional va unido su nombre, si no como actor principal, como de los más señalados entre los de segundo orden, con cierto carácter personal y excéntrico en cuanto hizo ó intentó. El mismo puesto le corresponde en las letras, donde, aun afiliado á uno de los grupos románticos, describió siempre una órbita solitaria.

Era, sin duda, hombre de grande entendimiento, de rara cultura y de muy varias facultades, que así le hacían apto para la guerra como para el consejo, para la oratoria parlamentaria como para la poesía y la novela. Pero no se aventurará mucho quien crea que su primordial vocación fué la literaria, cultivada con tal celo en medio de los azares de su vida, á despecho de la vulgarísima preocupación que persigue á los militares escritores, como si mucha parte de la mejor y más clásica literatura española no fuese obra de soldados. Ni los versos ni la prosa fueron nunca para Ros de Olano distracción pueril, ó petulante alarde de invadir ajeno campo, sino que en ellos depositó lo más hondo de su naturaleza moral, lo más sutil y refinado de su espíritu, que era de los más complicados y nebulosos que pueden encontrarse.

Ros de Olano pertenecía á aquel género de escritores que son naturalmente afectados, no por moda literaria,

sino por lo tortuoso y enmarañado de sus concepciones acerca del arte y la vida. Rara vez, sobre todo en prosa, decía las mismas cosas que todo el mundo ó las decía de la misma manera; pero consiste en que tenía un peculiar modo de ver y de sentir, el cual fielmente se reflejaba en su estilo. Podrá agrandar más ó menos, pero es cierto que hace pensar, que interesa por la extrañeza, y que no se parece á otro escritor alguno de los nuestros, aunque sí á Richter, á Hoffmann y á Edgar Poe entre los extraños. Su ardiente amor á la naturaleza se trueca en vértigo panteísta; su idealismo, en visión cataléptica; su sensibilidad, en punzante neurosis. En esta literatura dolorosa, pero tentadora, todas las sensaciones se aguzan hasta confinar con el delirio: lo material se evapora: lo ideal se materializa: los contrarios parece que se requieren amorosamente y que se abrazan para producir creaciones disformes: cree uno ir entendiendo, y de súbito pierde el hilo y vuelve á hundirse en una sima más lóbrega, que improvisamente parece aclararse por el rápido tránsito de algún fantasma luminoso. Todo lo más discorde resulta aquí consecuente y lógico. Y todo esto lo expone Ros de Olano en una prosa *sui generis*, retorcida y tenebrosa, llena por igual de arcaísmos y de neologismos, medio germánica y medio picaresca, extraña fusión de Hoffmann y de Quevedo.

Después de *El Diablo las carga* y otros ensayos de novela más ó menos revesada, llegó á la cúspide del género en *El Doctor Lañuela* (1863), especie de logogrifo filosófico, que hasta ahora no ha sido totalmente descifrado por nadie, como tampoco lo han sido otros cuentos posteriores, v. gr., la *Historia verdadera ó cuento estrambótico, que da lo mismo, de Maese Cornelio Tá-*

cito, el Origen del apellido de los Palominos de Pancorvo, y otros no menos recónditos, que hacen á Ros de Olano precursor notorio de los enigmáticos escritores que ahora arman tanto ruido en Francia con nombre de *decadentistas* y *simbolistas*. En vida del General decía Alarcón en el prólogo que puso á sus obras: «Todavía no se sabe si el autor quiere ó no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende, y que se enoja con los que se dan por entendidos.»

Como poeta perteneció Ros de Olano á aquella fracción del romanticismo que tenía á Espronceda, no ya por maestro, sino por ídolo. Espronceda le admitió á su más íntima familiaridad: escribieron juntos una comedia: el gran poeta le dedicó *El Diablo Mundo*, y á su frente puso Ros de Olano un prólogo *mistagógico* y apocalíptico, desarrollando no sé qué huecas teorías sobre la epopeya en sus relaciones con la historia de la humanidad, para deducir la obligada consecuencia de que el poema de su amigo iba á completar y eclipsar las tres ó cuatro únicas epopeyas que él reconocía, y que eran á modo de piedras miliarias en el camino de la evolución humana. Este ensayo de estética romántica, que pareció muy profundo en 1840, sacó de pronto el nombre de Ros de Olano de la semiobscuridad literaria en que había vivido hasta entonces, y desde aquel día, él y Miguel de los Santos Álvarez, cuyos versos citaba Espronceda por epígrafe del canto 2.º, fueron conocidos por todos los españoles como los *Dii Minores* de aquel Parnaso. Pero Miguel de los Santos (cariñoso nombre con que todo el mundo designaba á aquel pesimista sin hiel) no ha dejado en sus escritos, con ser muy ingenio-

sos, más que una pequeñísima parte de su ingenio, de cuya extensión y originalidad difícilmente se formarán idea los venideros. Ros de Olano, más afortunado ó más diligente en esto (á pesar de calificarse él propio entre los escritores *ovíparos* y no *vivíparos*), ha dejado, además de sus novelas, un tomo de poesías líricas, del cual pueden entresacarse media docena de sonetos de primer orden, dignos de los honores de cualquier Antología castellana; los bellos romances descriptivos del *Lenguaje de las Estaciones*, á pesar de algunas tintas excesivamente grises, que de vez en cuando rompen la armonía bucólica y venatoria del conjunto; la fábula dramática de *Galatea*, no original del todo, pero ricamente versificada, con mucho lujo de paganismo poético; algunas octavas del poema burlesco de *La Gallomagia*, y aquí y allá, aun en composiciones más desiguales, trozos arrogantes de descripción poética, como éste que tomo de una poesía de su extrema vejez, quizá la última de todas las suyas, *Meditación sobre el Cedro Deodara*:

¿En dónde estoy? Un tiempo más remoto,
Desde el inculdo monte á la llanura
Y del estrecho valle á las colinas,
El ágil gamo y la velluda fiera,
So el pabellón de pródidas encinas
Vivieron en la rústica pradera....
Y tranquilos y en paz aquí vivieron
Sin que del cazador les acosara
Ni venablo, ni jara,
Ni alevoso arcabuz.... Que nunca vieron
Suelta de los lebreles la trailla
En demanda feroz ó á la carrera,
Ni el aullido tenaz de su garganta
Y el noble son de venatoria trompa
Dentro del bosque plácido advirtieron
Al jabali ó la mansa cervatilla

El repentino trance en que murieron
Traspasados del plomo ó la cuchilla.

En prosa quedarán de él, más que sus novelas, las relaciones que escribió de algunos episodios de sus campañas, con más llaneza que de ordinario, en estilo vigoroso y realista, pero iluminado siempre por la rojiza llama de cierta fantasía tétrica y misantrópica, que recuerda la de Goya en *Los Desastres de la guerra* (1).

Si á sus ambiciones poéticas hubiesen correspondido sus fuerzas, gran poeta habría sido D. José Heriberto García de Quevedo. Si por la grandeza de los propósitos y por la trascendencia de los asuntos hubiera de graduarse el mérito de las obras de ingenio, García de Quevedo, autor de tres poemas filosóficos y humanitarios, hubiera tocado la meta, y sería otro Goethe ú otro Byron. Pero no basta la voluntad pertinacísima, ni la confianza en sí propio, ni la admiración por los excelsos poetas y el sentimiento de sus bellezas, ni el amor desinteresado y noble á las ideas, para simular aquel género

(1) Nació Ros de Olano en Caracas, en 1802, según el *Parnaso Colombiano*, y á los once años vino á España. Comenzó su carrera como Alférez de la Guardia Real; sirvió muy honrosamente en la guerra de los siete años; tomó parte muy activa en la política; fué uno de los generales que, unidos á don Leopoldo O'Donnell, iniciaron el movimiento revolucionario de 1854, y formaron el partido de la Unión Liberal. Como Director general de Infantería, preparó la contrarrevolución de 1856 y el desarme de la Milicia Nacional. Mandó en la guerra de África uno de los cuerpos de ejército, obteniendo por premio de sus brillantes servicios el título de Marqués de Guadal-Jelú. De nuevo, aunque por breves horas, volvió á la vida revolucionaria en 1868. Murió en Madrid, en 1887.

Entre sus obras recordamos, además de las citadas en el texto, la comedia *Ni el tío ni el sobrino*, compuesta en colaboración con Espronceda.

Sus *Poesías*, con un prólogo de Alarcón (que habia militado á sus órdenes en la gloriosa campaña de África), forman un tomo de la *Colección de Escritores castellanos* (Madrid, 1886).

de inspiración divina que en los grandes monumentos poéticos campea. Era García de Quevedo hombre muy culto, familiarizado desde muy temprano con las principales literaturas extranjeras, conocedor de varias lenguas, versado en la vida política y diplomática, no extraño á lecturas sólidas de religión y filosofía, y muy engolfado en lucubraciones sociales, de las cuales había deducido una especie de doctrina optimista, que tal como la expone en sus poemas, convertiría el universo en nueva Jauja. Era, además, hombre de sentimientos nobles y caballerosos, bizarro é intrépido de su persona, enemigo de la grosería y del desorden, protector de los débiles y de los injuriados, no sin alguna punta de quijotismo y arrogancia, que fácilmente le hacía degenerar en quimerista atropellado y petulante. En el fondo, muy buen hombre, y de un corazón de oro; sin más grave defecto que la altanería enfática de su persona y estilo, derivada de cierta *megalomanía* ó desequilibrada aspiración de grandezas, que en su vida le conducía á remedar la caballería andante, y en literatura le llevaba á componer epopeyas simbólicas y trascendentales.

A estas buenas y malas partes de su carácter y de sus ideas no correspondían exactamente las de su ingenio, con no ser éstas vulgares ni mucho menos. Era un poeta de segundo orden, que temeraria y constantemente se empeñó en empresas de aquellas que sólo para el genio están reservadas. Pero el fracaso inevitable de su tentativa no debe hacernos olvidar lo que estas obras contienen de estimable, y los indicios que dan de lo que hubiera podido valer su autor en género menos ambicioso; limitándose, por ejemplo, al cultivo de la poesía lírica, en que había comenzado á ensayarse con muy buen

éxito, cuando en 1849 dió á luz sus *Odas á Italia*, que contienen trozos de bella poesía histórica y de inflamada elocuencia política, y algunas felices imitaciones de los metros y del estilo de Manzoni. Fué García de Quevedo de los primeros que, separándose del trillado sendero de la imitación de los románticos franceses, volvió los ojos á una poesía mucho más afin á la nuestra, mucho más adecuada á nuestro gusto, mucho más enlazada con nuestra tradición clásica; y así en estas odas como en la parte de colaboración que tuvo en el *Poema de María*, dejó muestras evidentes de su predilección por los poetas italianos y del aprovechado estudio que había hecho de ellos. La más antigua traducción, entre las innumerables que en castellano se han publicado de la oda del 5 de Mayo, fué la suya, aunque sea, por cierto, de las más infelices.

Estas primeras odas pusieron tan en boga por algún tiempo en los círculos literarios el nombre del joven venezolano, desconocido la víspera, que Zorrilla, que estaba entonces en el apogeo de su popularidad, no tuvo reparo en aceptarle por colaborador nada menos que en tres poemas, *María*, *Ira de Dios* y *Un cuento de amores*. Y aunque generalmente se tenga por muy inferior la parte que trabajó García de Quevedo, á mí no me lo parece tanto; no porque Zorrilla deje de ser poeta incomparablemente superior, sino porque aquellos poemas suyos son de notoria decadencia, y por decirlo así, trabajos de librería, salvo algún fragmento, en que quedó impresa la garra del león. García de Quevedo, que no tenía su reputación hecha, procedió naturalmente con más timidez y con más estudio, y aunque en el poema de la Virgen uno y otro salieron del paso con el soco-

rrido recurso de versificar la prosa del abate Orsini, todavía en medio de aquel fárrago, rimado de prisa y para cumplir un compromiso editorial, encontró el continuador medio de intercalar algunas composiciones líricas dignas de vivir por sí solas: *La Ascensión* (à pesar del terrible recuerdo que su título sugiere, y que el autor de ningún modo trató de esquivar, antes adoptó el metro y algunas ideas de Fr. Luis de León); la *Predicación del Evangelio*; las octavas à la *Fe cristiana*. En los otros poemas, especialmente en *Un cuento de amores*, García de Quevedo, que tenía notable habilidad para remedar estilos ajenos, imita de tal modo la pompa y lozania del estilo de Zorrilla, que algunas veces se confunde con él.

Otro tanto puede decirse de los bellos trozos que hay lastimosamente perdidos en los tres poemas filosóficos de García de Quevedo, *Delirium*, *La Segunda vida*, *El Proscrito*. Estas obras, en las cuales su autor fundaba las más fantásticas esperanzas de inmortalidad, nacieron muertas, y son de aquel género de tentativas épicas sobre las cuales puede repetirse la fatal sentencia: «es la mejor epopeya que ha salido este año». No es fácil dar idea de tan extrañas y desmesuradas composiciones, cuyo fondo viene à ser la redención por el amor, terminando con una especie de palingenesia social. El autor acumula cuadros de toda especie y de todas las épocas, batallas, amores y desafíos; y emplea alternativamente la forma lírica, la dramática y la narrativa, con toda variedad de estilos y de metros; pero como no tenía mucha imaginación, resulta estéril y monótono en medio de tanta abundancia, no acierta nunca à presentar un cuadro que se grabe indeleblemente en la me-

moria, aturde y marea con tanta procesión de personajes reales y alegóricos, y por buscar la novedad cae en invenciones tan estrafalarias como la de hacer que la enamorada Julieta vuelva à la vida, se levante de su lecho de mármol en Verona y eche à andar por las calles de la ciudad hasta que tropieza con un coronel austriaco, que se apresura à violarla. Algunos episodios históricos, por ejemplo, los romances relativos à las campañas del Gran Capitán (en que se observa una imitación no mal hecha del estilo de las narraciones poéticas del Duque de Rivas) y algunos fragmentos líricos de noble entonación, como la *Oda à la libertad*, son lo único que puede salvarse del naufragio de estos poemas. De las numerosas obras dramáticas de García de Quevedo, que ensayó todos los géneros: la tragedia clásica, el melodrama, la comedia de costumbres, el drama social, la comedia de capa y espada, la zarzuela, no ha sobrevivido ni un solo título en la memoria de las gentes. Rarísima fué la que llegó à representarse, y ninguna con éxito, aunque en esto hubiera cierta injusticia, pues entonces, como ahora, se representaban y aplaudían cosas peores que éstas, que al cabo arguyen loable aplicación y respeto al arte. La más interesante de estas piezas es *Isabel de Médicis*, fundada en una novela del florentino Guerrazzi, *Isabella Orsini*. También se ejercitó García de Quevedo en el cuento en prosa, en la relación de viajes y en la crítica, pero sin éxito notable. Su laboriosidad, su fe artística, la nobleza de su alma, su positiva instrucción, la rectitud de sus ideas y la amenidad con que generalmente escribía, merecían mejor premio del que obtuvieron. Su nombradía fué de las más efímeras: las grandes esperanzas con que había empezado su ca-